

La suestada

YA no hay suestadas, como no hay pamperos.

Las condiciones climatológicas, las leyes de la meteorología aérea, telúricamente relacionadas con esta parte del continente, han cambiado de una manera evidente, no ya en el transcurso de un siglo, sino desde varios años á esta parte.

Vivimos aún muchos viejos vecinos de esta costa del norte bonaerense, que nos sabemos de memoria la historia de las grandes suestadas de hace apenas veinte años.

— ¡Temporal! — decían los pescadores del bajo, los que echaban sus redes y espineles en la playa larga y apenas imperceptiblemente inclinada hacia las aguas hondas de nuestro gran río.

— ¡Temporal! — gruñían los isleños, leñateros ó acarreadores de mimbres, frutas ó maderámenes, de los bosques y cármenes del delta, y la palabra torva, era luego afanosamente repetida por los infatigables y activos tripulantes de las pequeñas balandras, lanchas y balleneras del cabotaje, que venían desesperadas á guarecerse en nuestros rústicos puertos, en las abrigadas bahías que cobijaban los llorosos sauzales, en los canales mansos á que las islas rasas, pero espesamente arboladas, oponen la resistencia de sus apiñados juncos y de sus flexibles mimbreras, al empuje impetuoso de las olas, que se quiebran, despedazan y apaciguan entre sus tallos, como las iras de un sultán rabioso, ante las varillas de oro del abanico de una odalisca.

Y es que la cosa era seria.

Yo no sé cual de los doce desesperados sopladores, que, según la mitología, tiene encerrados en la Tracia ó la Eólida el bufador Eolo, se le escapaba, de vez en cuando, al rugiente hijo de Júpiter y Menalina, y se ponía á soplar, á raja carrillos, como un condenado, desde ese punto intercardinal del horizonte, hacia el que corre nuestro Plata, buscando la libertad amarga del Océano, para hallar tan sólo la muerte.

Nuestro gran río se enfurecía entonces, y, rechazado por el poderoso aliento que venía del sudeste, se volvía rugiente y espumoso sobre sí mismo, escamándose en desesperado oleaje, é hinchando el abundoso diástole de su marea, en un impetuoso empuje, que concluía por desbordar sus líquidos caudales, en la inundación, pavorosa y arrasadora.

Apenas empezaban las primeras rachas, que, como un preludio del huracán, pasaban rápidas, estremeciendo y rayando en gris la tersa superficie de las aguas, ya empezaba también en «balizas interiores», como se le llamaba al fondeadero del cabotaje, el movimiento apresurado y afanoso de los pequeños buquecitos, al que seguía luego la pintoresca desbandada del esalvese quien pueda.

No había tiempo que perder, pues un minuto de indecisión ó de tardanza, podía convertirse en el naufragio más desamparado y pavoroso.

Naturalmente que, aprovechando el mismo viento para navegar al largo, los buquecitos tendían con prudentes rizados sus agudas latinas, á impulso de las cuales se lanzaban como una exhalación sobre las ya encrespadas ondas, hacia las islas de las Conchas, ó las zanjas y caletas de que está llena la costa, en la curva bahía que desde la playa de los Olivos se extiende hasta Punta Gorda.



Vistos desde las altas barrancas que por ese lado forman nuestra pintoresca «Corniche» del norte, parecían bandadas de cisnes y gaviotas, en procesión acuático-ornitológica, dirigiéndose á algún misterioso é hiperbóreo San Graal, parecido al de la leyenda mística immortalizada por el divino autor de Lohengrin.

Luego, venía el turbión furibundo y rugiente, á esa hora medrosa en que el sol muere sin púrpuras, en un ocaso pálido y tempestuoso.

Aullaba el viento enloquecido en el espacio; las nubes tenebrosas y pesadas venían á juntarse en un beso delirante con las ondas embravecidas, parpadeando sobre este siniestro conubio, la crepitante claridad del relámpago difuso, que incendia el espacio en un pantallazo de luz pálida, ahogado en un punto por el horror de las tinieblas.

Los buques de «balizas exteriores», garreaban ó rompían las cadenas de sus pesadas anclas, y ahí empezaba, en medio de la obscuridad y el furor de las olas, sobre las que soplabo furiosamente el huracán acielonado, el drama pavoroso y siniestro del abordaje, del naufragio, de la muerte!

En tanto el río crecía, crecía y lo arrasaba todo.

En la costa desamparada, el agua rabiosa descuajaba de raíz los corpulentos árboles, y abatía en añicos la cabaña del pescador. En las islas, la marea sorda subía, subía sin diques que se le opusieran, ni desagües que le proporcionaran fácil drenaje hacia sitios en que pudiera derramarse sin daños ni destrozos.

Los isleños que tenían canoas se refugiaban en ellas, después de haber tentado mantenerse fieles á sus ranchos, encaramándose con sus familias y animales domésticos, en el caballete de sus rústicas viviendas.

Pero, ¿qué harían en sus canoas cuando al llegar la noche negra y siniestra, se declaraba más furibundo el temporal; que las cataratas del cielo se abrían en un nuevo y torrencial diluvio; que la tierra era cubierta por las aguas hasta sepultar bajo ellas las copas de los árboles; que la correntada se hacía cada vez más impetuosa, y que las fuerzas faltaban, la angustia se convertía en espasmo delirante, el frío atería los miembros bajo las ropas empapadas, el hambre mordía en las entrañas de los pobres niños y de las débiles mujeres, que empezaban á dormirse gimiendo de dolor y espanto, en el sopor tétrico de la muerte?...

NICOLÁS GRANADA.

Dib. de Vázquez.